

El ocaso de Manuelita Rosas.

Por Raúl Montero Bustamante

"Yo nací para sufrir por todos y con todos". Estas palabras de Manuelita Rosas podrían servir de epitafio a la losa que cubre los mortales restos de la "niña de Palermo"

(Especial para LA PRENSA)

Montevideo, mayo de 1926.

II

(Véase LA PRENSA del 18 de abril último)

10-12-18

La muerte de Rosas no debilitó la idolatría filial de Manuelita. Con los años se hizo más honda; la ausencia eterna del objeto de aquella adoración pareció dar a aquel afecto mayor abnegación y desinterés. Sus cartas están llenas del recuerdo del muerto. Vigila la memoria del tirano con intrépido fervor. Con su esposo mantiene vivo el culto del pasado. "No omito esfuerzo, dice, para que mis hijos se impongan de la vida y actos de su ilustre abuelo, el general Rosas". A propósito de una caricatura del "Quijote", de Sojo, que le envía Reyes, en la que se hace alusión a la necesidad de un nuevo Rosas en Buenos Aires, exclama: "es lástima reconocer la falta que hace Rosas para poner orden en la terrible actualidad". Al coronel Arnold, que ha emprendido la defensa del tirano, le estimula y alienta, como lo haría en un torneo antiguo una dama con su caballero. Habla, en cambio, con amargura del doctor D'Amico, que, olvidado de los beneficios recibidos, se ha vuelto contra la memoria de Rosas. Escribe sin fatigarse a todos los amigos que permanecen leales. El 1.º de año, el día de su santo, el día nefasto de Caseros, su incansable pluma llena pliegos y esquelas. El 3 de febrero de 1893 exclama: "Día de terribles recuerdos; se cumplen hoy 41 años", y agrega con amargura: "¡Oh, Reyes! ¿Y estamos hoy mejor que entonces?" Ni una vez olvida el aniversario. El 3 de febrero de 1891 le dice: "Te escribo en este día, aniversario de tanta fatalidad para nosotros. Quien todo lo dispone, así lo quiso; sigamos sometidos a su divina voluntad". Al año siguiente pone lacónicamente debajo de la fecha: "¡Día inolvidable!"

Saldías está escribiendo su "Historia de la Confederación Argentina", y ella siguió con ardiente interés el desarrollo de la obra. Le copiosamente al autor y le envió documentos y copias; le recibe y agasaja en su casa de Londres; le entrega todo el archivo del general Rosas; destruye con tal motivo la versión de la existencia de las "Memorias" del tirano en el archivo de Londres; aclara las dudas del historiador; cuando éste regresa a Buenos Aires le escribe sin cesar y le envía apuntes e im-

*Leandro Saldañas
comenzó a escribirle*

*Por intermedio de Reyes,
escribió*

para decirle

R. Rosas;

8/

presiones personales, por intermedio de Reyes. El 16 de noviembre de 1892 escribe a Reyes y le dice que es completamente falso que al despedirse el general Oribe de Buenos Aires, para emprender la campaña contra Lavalle, le hizo ella en carácter oficial. "Mi finado padre, el general Rosas, jamás me hizo desempeñar un rol que no debía o que ridiculizase, tanto a mí como a él mismo". "Tampoco es cierto que yo tomase parte alguna "oficialmente" en asuntos públicos o políticos, durante la administración de mi lamentado padre, aun cuando creo que hice cuanto me fué dado para desempeñarme en los actos privados y sociales con la dignidad que correspondía a nuestra posición". El 21 de febrero de 1892, a propósito de una publicación del "Diario", de Buenos Aires, titulada "Rosas y Manuelita", insiste en que es "una solemne falsedad", que a la despedida del general Oribe de Buenos Aires, yo pudiese en sus manos las instrucciones para que siguiese la pauta". "Respecto a si con mi hermano, agrega, acompañamos a dicho general a su despedida, no recuerdo si es cierto, pero "si seguro", que si lo hicimos, sería en carácter de atención y amistad, "no en oficial", pues vuelvo a repetir, con toda verdad, lo que en una carta del 16 de noviembre: que jamás desempeñé carácter tal en caso alguno"

Interrogada sobre la intervención del doctor Vélez Sársfield en la sentencia de fusilamiento de Camila O'Gorman, episodio que tan terribles recuerdos dejó en la memoria ~~y el corazón~~ de Antonino Reyes, le escribe el 17 de agosto de 1892: "Tanto Máximo como yo te aseguramos ser cierto que mi lamentado padre, el general Rosas, escribió a una persona de nuestro país, en Buenos Aires, con motivo de ese mismo asunto, expresando terminantemente que a nadie había pedido consejo, y agregando que de todos los actos de su administración, buenos o malos, era él exclusivamente responsable".

Cuando aparece la obra de Saldías, no cabe en sí de gozo y entusiasmo. El 3 de octubre de 1892 escribe: "Realmente, Reyes, esa obra del doctor Saldías es "¡colosal!"; recién estamos leyendo el primer tomo, yo en alta voz para que mi pobre Máximo no pierda el hilo, la comprenda bien y no fatigue su cabeza. Te aseguro que las verídicas referencias de los antecedentes y hechos gloriosos de mi finado padre bien me han conmovido". La lectura avanza y no se requiere gran fantasía para imaginar el cuadro de aquel interior de otoño londinense, en que la noble anciana, al calor de la chimenea del salón, lee en voz alta a su viejo compañero, a quien la enfermedad ha tornado un poco niño, el libro memorable. El 15 de noviembre vuelve a escribir: "Ahora mismo, para que pueda entender bien esa colosal historia, sin perder el hilo, tengo que leérsela en alta voz, a veces sin parar durante seis u ocho horas; así cuando la toma por sí, puede comprenderla mejor. Ambos estamos encantados con tan grandioso libro; ¿cómo nuestro ilustrado escritor ha podido reunir tanto documento fehaciente, referencias tan fieles? ¡Es

9
realmente admirable! Estamos con-
cuyendo el tomo último, porque mi
enfermedad me obligó a suspender la
lectura en voz alta, pero Máximo no
separa el libro de su lado ni me per-
mite que lo aleje de su vista".

Su entusiasmo es realmente sincero.
Obtiene que los diarios y revistas de
Londres se ocupen de la obra; envía
el juicio crítico del "South American
Journal" y promete otros; propone
a Saldías que su hijo Manuel traduz-
ca la obra al inglés; llama al autor
"nuestro ángel protector"; en todas
las cartas el nombre de Saldías y de
su obra aparecen aureolados por la
simpatía, la amistad, la admiración y
la gratitud.

Entretanto, no deja sin contesta-
ción los juicios sobre hechos de la
tiranía, que reputa injustos, y que lle-
gan hasta ella en libros y diarios.
Rectifica diversas afirmaciones de Pe-
lliza y envía a Reyes elementos para
la réplica. "La Razón", de Montevideo,
ataca a la hija del tirano; otros dia-
rios de Buenos Aires hacen lo mis-
mo; Manuelita da instrucciones a su
amigo, y cuando recibe la defensa, es-
talla en palabras de gratitud.

Los juicios apasionados y las pa-
labras ofensivas la sublevan, pero no
la encolerizan. El perdón acude a sus
labios ~~en~~ estas palabras que brotan
puras y límpidas de su corazón, como
brota el agua de la roca virgen: "Son
realmente muy malos nuestros enemi-
gos. Yo les perdono sus horribles ofen-
sas y calumnias".

Los años pasan y su hogar va tor-
nándose melancólico. Su esposo ~~cae~~
gravemente enfermo, herido por un ac-
cidente congestivo que le dificulta el
proceso de la ideación y el enlace de
las palabras. Ella se consagra ~~a~~ cui-
dado ~~del enfermo~~. Pasa largas horas
junto a él, vigilándole, animándole, le-
yéndole, procurando llenar el vacío,
la confusión y la angustia que hay en
la mente del enfermo. Máximo está
ágil y fuerte, jamás ha gozado de ma-
yor fortaleza física; sale a la calle, va
al paseo, camina largas horas, pero la
palabra rebelde no acude a sus labios,
y a veces las ideas se confunden y os-
curecen en su cerebro. El enfermo se
torna melancólico e irritable. La esposa
sufre con este espectáculo; le apenan
los pequeños caprichos del anciano;
soporta su mal humor y sus intempe-
rancias. Hace prodigios de paciencia
para no exacerbarlo; calla, sin duda,
sus sufrimientos, pero a veces el ex-
ceso de ellos le hace exhalar quejas
que hallan eco doloroso en el corazón
de su amigo: "Sé que me compadeces
y piensas con el alma y entero cora-
zón en tu "china querida", le dice.
"Tu párrafo contestando mis desahogos
agrega, es como dictado por tu cora-
zón tan bueno, tan fiel, y que me quie-
re tanto cual yo necesito sea; me ha
hecho mucho bien, porque tus afectuo-
sas y sentidas palabras me han llega-
do al alma y traído un verdadero
consuelo. Gracias mil por ellas. Qué
no daría por oír las de tí mismo, de tí,
mi fiel, queridísimo Antonino".

A veces viajan en busca de alivio
para el enfermo. "Estamos de regre-
so, escribe, después de haber pasado
tres semanas viajando por la afamada
Escocia, en constante movimiento de
un lugar a otro, unas veces en coche,
en medio de las espléndidas montañas,

1 xche

11 Maximino Zeonero,

1; la sido

1 a su

on ~~la~~

10

otras cruzando los bellísimos lagos en preciosos vapores, y te aseguro, Reyes, que jamás he gozado más en mi vida; mis sentimientos religiosos se elevaban en admiración al ver tan magníficas obras que sólo la mano poderosa del Divino Creador ha podido formar".

Cuando regresan a su casa de Londres, la encuentran fría y sola, pero ella reanima animosamente el fuego del hogar. Las brumas del otoño y las nieves del invierno los mantienen en clausura, en el salón de la casa de Belsize Park. A veces están con ellos sus hijos y sus nietos, pero la mayor parte del tiempo la pareja ve transcurrir los días entristecida y solitaria. Cuando su hijo, Manuel, que es su predilecto, parte, ella exhala esta queja que parece un arrullo: "sin él, me quedo como un pájaro sin alas".

Apenas vuelven los días de soles largos, parten para la costa del mar. Allí los encuentra el 24 de mayo de 1889, día del cumpleaños de Manuella. Están solos; sus hijos viajan por Escocia; la esposa de uno de ellos se ha ido a Rusia, llamada por su madre moribunda. "Los dos viejitos lo pasamos solos en la costa del mar, tan solamente acompañados de una antigua sirvienta que hace 33 años que es como un perro fiel para nosotros". En esa melancólica soledad evoca los remotos días de su santo, cuando era aún la "niña". "Para mí ese día, amigo mío, es de recuerdos tan tristes desde que me faltó mi tan amado padre! ¡Pobre tatita! me festejaba tanto! Todos los años iba con Máximo y mis hijos a festejarme a su lado. Comíamos en el medio del campo; él mismo elegía el lugar que hacía carpitar y embanderar. Eran siempre nuestros compañeros en la fiesta el cura de la iglesia católica en Southampton, Mr. Wourf, el Dr. Wiblin y su señora. ¡Oh Reyes! Esos amenos días pasaron para no volver ya más, y para mí son más valiosos sus recuerdos que los que no puedo dejar de conservar de "aquel tiempo en mi Patria", en que me rodeaba tanta bulla, tanta demostración de cariño, fingido en unos, en otros verdaderos".

Se complace en estos recuerdos. "Con mi pobre Máximo nada de aquellos tiempos olvidamos los dos, pasando muchas horas entretenidos como los viejos soldados que nunca cesan de referir sus campañas". Pero la melancólica filosofía que le ha enseñado la vida, le hace exclamar luego: "¡Cómo corren los años, amigo querido! ¡Parece imposible la realidad de los muchos que han pasado después de nuestra separación de nuestro país querido!... Si fuésemos a mencionar todos los acontecimientos que han tenido lugar durante ese tiempo, la mayor parte de ellos sólo nos traería tormento al recordarlos."

Hacia 1891 empieza a sentirse fatigada. "Mi cabeza ya no puede mucho, escribe, está muy fatigada; los 74 y las contrariedades de mi vida me han puesto estúpida; además, tanto escribir me trae cansancio." Pocos meses después agrega: "No vivo entre flores, pues de veras mi vejez es muy agitada, bastante molestada, cosa que no esperaba porque mis procederes y conciencia me hacían confiar en que tendría quietud y descanso que a mi edad es el mejor cordial." Poco des-

En medio de su soledad,

canzada.

pués se queja de un ataque de neuralgia al lado derecho y al brazo, que la atormenta, y dice amargamente: "así pues, ya empieza la fiesta en la salud de esta tu amiga, que hasta ahora había sido providencial, sin duda". No puede escribir y tiene que dictar sus cartas: "mi brazo no me permite escribir todavía". Domina el ataque de reuma, pero sale de él débil y entristecida. "Estoy mejor, pero ha sido necesario envolver bien mi cuerpo en ropa interior de lana que antes jamás había usado". Cuando llega el verano parte para Weymouth en busca de aire y sol. "Los dos viejitos ya necesitamos el cambio de aire en esta estación".

Cada vez se siente más cansada y enferma. Se queja de dolor en la nuca. Máximo también declina y sus ideas se tornan más confusas. La soledad se hace mayor. Los hijos y los nietos están lejos. "Aquí estamos los dos viejitos, solos con la vieja sirvienta". Desde allí lanza este grito de angustia: "estoy tan vieja, que mi cabeza ya sólo sirve para cuidar de mi pobre viejo, quien, sin mí, temo no podría vivir".

La correspondencia se detiene el 31 de agosto de 1893. Debe suponerse que se han perdido las cartas subsiguientes o que manos piadosas las conservan celosamente. El 18 de febrero de 1897 Manuelita escribe nuevamente a Reyes. Es ésta una carta de tono grave, como si hubiese sido escrita bajo la impresión de un fúnebre presagio. Trata del envío del sable de San Martín al gobierno argentino, y de la gestión para que le sean devueltos los bienes confiscados al general Rosas. Manuelita se defiende contra observaciones que le ha hecho su amigo respecto a la forma en que fué enviada a Buenos Aires la histórica reliquia. "No sé cómo he podido escribir esta larga epístola, dice, pues desde noviembre, a consecuencia de molestias morales, sufro de falta de sueño, y esto me pone desalentada, particularmente para escribir, pues que siento mi cabeza estúpida. Ten compasión de mí y no me sermonees tanto, considerando que los ochenta están al caer".

Cuando Manuelita envió esta carta, don Antonio Reyes ya había muerto. El 22 de enero le escribió todavía. Nada le dijo de su enfermedad. Pocos días después fué sometido a una operación, y el 6 de febrero falleció serenamente. El 4 de marzo, Manuelita, impuesta por el doctor Saldías de la muerte de Reyes, escribió a su ahijada, doña Rosario Reyes de Tezanos, para darle el pésame. "Máximo y yo hemos perdido un amigo de ejemplar lealtad, a quien jamás estabas imperdable (Lo imperdable tan de Dante asume una formidable taba hasta a los casuistas. Así el Sabba. Como era don logicien, ten su misa negra y su sábado de gloria; pitales y tuvo sus tenebrosos recintos, el prestigio de los siete pecados con monio, su edad de oro. Dominaba con del máximo poderío terrenal del De La Edad Media llegó a ser la época pa, etcétera. rado, el Malo, Mandinga, Juan sin Ro-

Don Antonio Reyes.
Escribi, el

La carta es buena
y lapidaria.

a Reyes

pero
olvidada

crecida con
el tiempo.